

fuieron encadenados, dice Job, no sufrirán ya, ni oirán la voz del exactor.»

Un pequeño teatro; veinte y una gradas en semi-círculo y corredores detrás. Un gran teatro: tres puertas en el fondo para salir á la escena, comunicándose con los cuartos de los actores; tres filas marcadas para las gradas: la inferior mas ancha y de mármol. Los corredores de la espalda anchos y abovedados.

Entrábase por el corredor á lo alto del teatro y se bajaba á la platea por salidas especiales. Seis puertas se abrían en aquel corredor. No lejos de allí hay un pórtico cuadrado de sesenta columnas, y además otras columnas en línea recta, en dirección Sur á Norte; disposición que no he podido comprender.

Hay también dos templos, uno de los cuales tiene tres altares y un santuario elevado.

La casa descubierta por los franceses es curiosa: los dormitorios, extremadamente exigüos, están pintados de azul ó de amarillo y adornados con pequeños cuadros al fresco. Vese en aquellos cuadros un personaje romano, un Apolo tocando la lira, paisajes, perspectivas de jardines y ciudades. En la habitación mayor de aquella casa, hay una pintura que representa á Ulises huyendo de las Sirenas: el hijo de Laertes, atado al mástil de su bajel, escucha á tres Sirenas situadas en las rocas: la primera toca la lira, la segunda una especie de trompeta, y la tercera canta.

Para llegar á la parte de Pompeya descubierta de mas antiguo, se entra por una calle de cerca de quince piés de ancho: á uno y otro lado hay aceras elevadas del pavimento que conservan la huella de las ruedas en diversos puntos. La calle está formada por tiendas y casas, cuyo primer piso está derribado. En dos de aquellas casas se ven los objetos siguientes:

Un gabinete quirúrgico y un tocador, ambos con pinturas análogas.

Llamáronme la atención hácia un molino de trigo, y las señales de un instrumento cortante, marcadas aun en la piedra de la tienda de un tocinerio ó panadero, porque no sé lo que era.

La calle conduce á una puerta de la ciudad, donde ha quedado al aire un trozo de muro de circunvalación. En esta puerta comenzaba la línea de sepulcros que marcaban la vía pública.

Después de pasar la puerta, se encuentra la casa de campo tan conocida. El pórtico que rodea el jardín de aquella casa, está compuesto de pilares cuadrados, agrupados de tres en tres. Bajo el primer pórtico, existe otro, y allí fue ahogada la joven, cuyo seno está impreso en el trozo de tierra que he visto en Pórtici: la muerte, haciendo las veces de estatuero, ha modelado su víctima.

Para pasar de una parte descubierta de la ciudad á otra descubierta también, se atraviesa un rico suelo cultivado ó plantado de vides. El calor era excesivo, pero la tierra presentaba un aspecto risueño, cubierta de verdor y esmaltada de flores (1).

Al recorrer aquella ciudad de muertos, una idea fija me perseguía. No se cavaba en ningún edificio de Pompeya sin que se descubriesen utensilios domésticos, instrumentos de diferentes oficios, muebles, estatuas, manuscritos, etc., y con estos restos de los tiempos que fueron, se llena el Museo de Pórtici. Esto no obstante, otra cosa mejor podría hacerse, y sería dejar las cosas en el sitio en que están y como están; reponer los techos, cielos rasos, entarimados y ventanas para impedir el deterioro de las pinturas de las paredes; levantar el antiguo recinto de la ciudad, cerrar sus puertas, y por último establecer allí una guardia y dotar algunos sabios versados en las artes. ¿No sería este el museo mas maravilloso de la tierra? ¿Una ciudad romana conservada por completo, como si sus

(1) Al fin de este Viaje doy noticias curiosas acerca de Pompeya, que completan esta sucinta descripción.

habitantes acabaran de salir un cuarto de hora antes!

Se aprendería mejor la historia doméstica del pueblo romano, y el estado de aquella civilización, dando algunos paseos por la Pompeya restaurada, que leyendo las obras de la antigüedad. La Europa entera se apresuraria á trasladarse á aquella ciudad representante de los antiguos tiempos, y los gastos que exigiere la ejecución de este proyecto, serian ampliamente compensados por la afluencia de extranjeros en Nápoles. Además, fácilmente se comprende que no era indispensable emprender á la vez estos trabajos; podían continuarse lentamente pero con regularidad las excavaciones, y solo serian necesarios un poco de ladrillo, pizarra, yeso, piedra, maderas de carpintería y de construcción para emplearlas á proporcion que las ruinas se fueran desembarazando de la tierra que las obstruye; y un arquitecto hábil seguiría, en cuanto á las restauraciones, el estilo local, de que hallaria modelos en los paisajes pintados en las paredes mismas de las casas de Pompeya.

La práctica actual me parece perjudicial: arrebatadas á sus sitios naturales, las curiosidades mas raras se sepultan en gabinetes, donde no están en relación con los objetos que las rodean, además de que, descubiertos los edificios de Pompeya, no tardarán en venir al suelo, pues si hasta ahora se han conservado, ha sido porque han estado ahogados entre escombros, pero expuestos al aire libre, se pulverizarán sino se los conserva ó repara.

En todos los países, los monumentos públicos elevados á toda costa con granito ó mármol, son los únicos que han resistido á la acción de los tiempos; pero las habitaciones domésticas, las ciudades propiamente dichas, han caído, porque la fortuna de los simples particulares no les permitía edificar para siglos.

### A MR. DE FONTANES.

Roma, 10 de enero de 1804.

Llego de Nápoles, querido amigo, y te remito un fruto de mi viaje, al que tienes derecho: algunas hojas del laurel que cubre la tumba de Virgilio. «*Tenet nunc Parthenope.*» Hace tiempo que debiera haberte hablado de aquella tierra clásica, creada para interesar á un genio como el tuyo; pero varias razones me han impedido lo cumplierse. Pero no quiero dejar á Roma sin decirte al menos algunas palabras de esta ciudad famosa. Hemos convenido en que te escribiría al azar, y sin decir metódicamente cuanto pensaba de Italia, como te dije en otro tiempo, la impresión que hacían en mi corazón las vastas soledades del Nuevo-Mundo. Sin mas preámbulo voy á procurar pintarte el exterior de Roma, sus campiñas y sus ruinas.

Ya has leído cuanto se ha escrito sobre este asunto; pero no sé si los viajeros te han dado una idea exacta del cuadro que presenta la campiña de Roma. Imagínate una cosa parecida á la desolación de Tyro y Babilonia, de que habla la Escritura; un silencio y una soledad tan profundos como era inmenso el ruido y el tumulto de los hombres que se agrupaban en otro tiempo en este suelo. Creese escuchar aun aquí retumbar aquella maldición del Profeta: *Venient tibi duo hæc subito in die una: sterilitas et viduitas.* Descúbrense acá y allá algunas extremidades solitarias de vías romanas, algunos rastros desecados de los torrentes del invierno: restos que vistos de lejos, tienen la apariencia de unos grandes caminos frecuentados, y que no son otra cosa que el cauce desierto de unas aguas borrascosas que han pasado como el pueblo romano. Pocos árboles se ofrecen á la vista, pero en cambio por todas partes se ven ruinas de acueductos y de tumbas: ruinas que parecen ser las selvas y plantas indígenas de una tierra compuesta del polvo de los

mueertos y de las ruinas de los imperios. Con frecuencia he creído ver ricas mieses, extendiéndose por una gran llanura; pero me aproximaba y solo hallaba yerbas marchitas que habían engañado mi vista. Otras veces, bajo aquellas mieses estériles se distinguen huellas de un cultivo antiguo. Ni un ave, ni un labrador; absoluta carencia de movimiento campestre; ni el menor mugido de ganado, ni la mas pobre aldea alteran aquella monótona perspectiva, viéndose solo un corto número de granjas incultas en medio de aquella desnudez de los campos: propiedades que aumentan lo sombrío del paisaje con sus puertas y ventanas herméticamente cerradas, y de las cuales no sale humo, ruido, ni habitante alguno. Una especie de salvaje, casi desnudo, pálido y consumido por la fiebre, guarda aquellas tristes chozas, como los espectros que en las historias góticas defendían la entrada de los castillos abandonados. En una palabra, diríase que ninguna nación había osado suceder á los señores del mundo en su tierra natal, y que aquellos campos están tales como los ha dejado la reja de Cincinato ó el último arado romano.

Un monumento que domina y entristece mas aun aquel terreno inculto, y que la voz popular caracteriza con el nombre de *Tumba de Neron* (1), se eleva en medio de ella como la gran sombra de la Ciudad Eterna. Decaída de su poder terrestre, parece haberse querido aislar del mundo, no pudiendo su orgullo soportar su decadencia; y para separarse de las demás ciudades de la tierra, ha ocultado noblemente sus desgracias en la soledad como reina caída de la elevación de su trono.

Paréceme imposible describirte la sensación que se experimenta al ver aparecer repentinamente á Roma en medio de aquellos reinos vacíos, *inania regna*, y que parece querer levantarse de la tumba en que descansa. Imagina la turbación y asombro que embargaría á los profetas cuando Dios les enviaba la visión de alguna ciudad á la que había unido los destinos de su pueblo: *Quasi aspectus splendoris.* La multitud de recuerdos y la abundancia de sentimientos anonadan; el alma se abisma al aspecto de aquella Roma que ha recogido dos veces la sucesión del mundo, como heredera de Saturno y Jacob.

Acaso creerás, amigo mio, después de haber leído esta descripción que es imposible haya cosa mas espantosa que las campiñas romanas; pero te engañarías mucho si así pensaras porque á pesar de todo poseen una inconcebible grandeza y siempre que se las contemple se exclamará con Virgilio:

Salve, magna parens frugum, Saturnia tellus,  
Magna virum!

Si las miras como economista, tu alma se llenará de desaliento; pero si las contemplas como artista, como poeta, y aun como filósofo no querrias quizá, que fuesen diferentes de lo que son. El aspecto de los campos de pan llevar, ó de una loma cubierta de viñas no te causarían tan fuertes emociones como la vista de esta tierra que no he podido rejuvenecer el cultivo moderno, y que conserva el carácter antiguo como las ruinas que la cubren.

Nada puede compararse bajo el aspecto de la belleza, á las líneas del horizonte romano, á la suave inclinación de los planos y á los contornos vagos y ligeros de las montañas que lo terminan. Unas veces los valles toman la forma de un estadio, un circo ó un hipódromo invadiendo la campiña, y otras los collados aparecen cortados en forma de terraplenes, como si la mano poderosa de los romanos hubiera removido aquella inmensa mole de tierra. Un vapor particular

(1) La verdadera tumba de Neron estaba en la Puerta de Pueblo, en el sitio donde se ha edificado después la iglesia de Santa Maria del Pópulo.

ocupando la parte lejana del horizonte, redondea los objetos y disimula la dureza y fealdad que pudieran tener sus formas. Las sombras nunca son pesadas y negras, y no hay grandes masas de rocas ó de follaje por oscuras que sean, en que no se insinúe siempre un poco de luz. Una tinta de singular y armónico colorido, une la tierra, el cielo y las aguas; y todas las superficies, por una gradación insensible de colores, vienen á unirse por sus extremidades, sin que pueda determinarse el punto donde termina una nube y comienza otra. ¿No has admirado en los paisajes de Claudio Lorena aquella luz que parece ideal y mas hermosa aun que natural? pues bien: ¡esa es la luz de Roma! No he querido privarme del placer de ver ocultarse el sol en la quinta Borghèse entre los cipreses del monte Mario y los pinos de la quinta Pamphili, plantados por Lenótre, y muchas veces también he subido el Tiber en Ponte-Mole para gozar de la grandiosa escena que ofrece el paisaje al despedirse el día. Las cimas de las montañas de la Sabina parecían entonces de lapislázuli ó de ópalo, mientras sus basas y flancos se ofrecían á la vista como inundados en un vapor ligeramente teñido de violeta y purpurina. Unas veces las nubes, llevadas con gracia inimitable en alas del viento vespertino, á manera de carros vaporosos, parecían representar la aparición de los habitantes del Olimpo en aquel cielo mitológico; y otras la antigua Roma parecía haber extendido en el Occidente toda la púrpura de sus cónsules y Césares para que por ella dirigiera sus últimos pasos el dios de la luz. Esta rica decoración no desaparece con tanta prontitud como en nuestros climas, y así es que cuando se cree van á borrarse aquellos tintes, reaparecen en algun otro punto del horizonte: un crepúsculo sucede á otro, y se ve con placer prolongarse la magia de la caída del sol. Verdad es que á la hora del reposo de las campiñas, el aire no repite ya cantos bucólicos; los pastores no están allí ya, ¡*Dulcia linquimus arva!* pero vense aun las grandes víctimas del *Clytumno*, bueyes blancos ó rebanos de yeguas medio salvajes que descienden á las orillas del Tiber para abreviar en sus aguas. Te creerías transportado á los tiempos de los antiguos sabinos ó al siglo del arcadio Evandro, cuando el Tiber se llamaba Albula, y cuando el piadoso Eneas surcó sus aguas desconocidas.

Convendré sin embargo en que las perspectivas de Nápoles son mas deslumbradoras que las de Roma: ya el sol inflamado ó la luna llena y roja se elevan sobre el Vesuvio como un globo lanzado por el volcan: la bahía de Nápoles con sus riberas bordadas de naranjos, las montañas de la Apulia, la isla de Caprea, la costa del Pausilipo, Bayas, Misena, Cumas, el Averno, los Campos Eliseos y toda aquella tierra virgílica ofrecen un espectáculo mágico, pero carecen á mi juicio de la grandiosidad de la campiña romana. Por lo menos hay una cosa positiva, y es que se conaturaliza uno prodigiosamente con aquel suelo famoso. Dos mil años hace que Ciceron se creía desterrado bajo el cielo del Asia, y decía á sus amigos: *Urbem, mi Rufi, cole; in ista luce vive.* El atractivo de la bella Ausonia es aun el mismo, y se citan muchos ejemplos de viajeros que habiendo venido á Roma con el designio de pasar algunos días, moraron en ella durante su vida. Necesario fue que viniese á morir el Pusin á esta tierra de soberbios paisajes.

El que se ocupe exclusivamente del estudio de la antigüedad y de las artes, y el que no tiene ya lazos que le ligan á otros países, debe venir á morar en Roma. Aquí hallará para su sociedad una tierra que le nutrirá de útiles reflexiones y llenará su corazón, y paseos que le dirán siempre alguna cosa. La piedra que huelle con sus plantas le evocará recuerdos, el polvo que el viento eleve al cruzar este suelo, encerrará alguna grandeza humana. Si es desgraciado, si ha unido las cenizas de los que amó á tantas cenizas ilustres,



¿con qué encanto no pasará del sepulcro de los Escipiones al último asilo de un amigo virtuoso, de la encantadora tumba de Cecilia Metella al modesto ataúd de una mujer infortunada! Podrá creer que aquellos manes queridos se complacen en vagar en torno de aquellos monumentos, con la sombra de Cicerón que llora aun á su querida Julia, ó la de Agripina, ocupada aun de la urna de Germánico. Si es cristiano ¡ah! ¿cómo podrá sustraerse á aquella tierra que se ha hecho su patria, de aquella tierra que ha visto nacer un segundo imperio, santo ya en su cuna, y mas grande en poder que el que le ha precedido; de aquella tierra donde los amigos que hemos perdido duermen con los mártires en las catacumbas, y vigilados por el ojo del padre de los fieles, parecen deben ser los primeros en levantarse de su polvo, y parecen tambien mas cercanos á los cielos!

Aunque Roma, vista interiormente ofrece el aspecto de la mayor parte de las ciudades europeas, no obstante conserva aun un carácter peculiar: ninguna otra ciudad ofrece á la vista y á la consideracion del filósofo semejante mezcla de arquitectura y ruinas, desde el Panteon de Agripina á las murallas de Belisario, y desde los monumentos traídos de Alejandría hasta el cimborrio elevado por Miguel-Angel. La belleza de las mujeres es otro rasgo distintivo de Roma: recuerdan por su porte y continente las Clelias y Cornelias, y se juzga ver las estatuas de Juno y Palas descendidas de sus pedestales, paseando al rededor de sus templos. Por otra parte se halla en los romanos ese *tono de carnes* al que han dado los pintores el nombre de *color histórico* y emplean en sus cuadros. Natural es que hombres, cuyos abuelos han representado tan gran papel en la tierra, hayan servido de modelo ó tipo á los Rafaeles y Dominiquinos, para representar sus personajes históricos.

Otra singularidad de la ciudad de Roma, son los baños de cabras, y sobre todo aquellas yuntas de grandes bueyes con enormes cuernos, recostados al pié de los obeliscos egipcios, entre los restos del Foro y bajo los arcos por donde pasaban en otro tiempo para conducir al triunfador romano á aquel Capitolio que Cicerón llamaba el *Consejo público del universo*:

Romanos ad templa Deum duxere triumphos.

A todos los rumores comunes á las grandes ciudades, se une aquí el ruido de las aguas que se escucha por do quiera, como si se estuviera al lado de las fuentes de Blandusia ó de Egeria. De lo alto de las colinas encerradas en el recinto de Roma, ó de la extremidad de muchas de sus calles, se descubre la campiña en perspectiva, confundiendo la ciudad y los campos de una manera altamente pintoresca. En invierno, los techos de las casas están cubiertos de yerbas como las cabañas de nuestros aldeanos; y todas estas diversas circunstancias contribuyen á dar á Roma cierto aire rústico perfectamente de acuerdo con su historia: sus primeros dictadores manejaban el arado: debió el imperio del mundo á labradores, y la mayor parte de sus poetas no se desdijeron de enseñar el arte de Hesiodo á los hijos de Rómulo:

Aseraun que cano romana per oppida carmen.

Respecto al Tiber, que baña con sus aguas esta gran ciudad y que comparte la gloria con ella, su destino es altamente singular. Pasa por un ángulo de Roma como si no existiese; nadie se digna dirigirle una mirada, nadie habla de él, nadie bebe de sus aguas, sirviéndose solo de ellas las mujeres para lavar; piérdese entre las mezquinas casas que le ocultan, y corre á precipitarse en el mar avergonzado de llamarse *el Tevere*.

Entro ahora, querido amigo, á decirte algunas palabras de aquellas ruinas de que tanto me has recomendado te hable, y que constituyen una gran parte

de las afueras de Roma: las he visto en detalle, ora en Roma, ora en Nápoles, á excepcion de los templos de Paestum, que no he tenido tiempo de visitar. Sin duda sentirás que estas ruinas presenten diversos caracteres, según los recuerdos que á ellas están anejos.

En una tarde apacible del mes de julio último, me senté en el Coliseo en la grada de uno de los altares consagrados á los dolores de la Pasión. El sol, próximo á su ocaso, derramaba corrientes de oro por todas aquellas galerías donde en otro tiempo pululaba el torrente de los pueblos; fuertes sombras salian al mismo tiempo del fondo de los palcos y de los corredores, ó caian en la tierra en anchas fajas negras. Desde lo alto de las macizas de la arquitectura, descubrí entre las ruinas del lado derecho del edificio, el jardín del palacio de los Césares, con una palmera, al parecer colocada de ex-profeso, en aquellos restos para los pintores y poetas. En lugar de los gritos de júbilo que exhalaban en otros días unos espectadores feroces al ver desgarrar á los cristianos por los leones, se escuchaban solo los ladridos de los perros del eremita que custodia aquellas ruinas. Pero tan pronto como el sol desapareció del horizonte, la campana de la cúpula de San Pedro resonó bajo los pórticos del Coliseo. Aquella correspondencia establecida por los sonidos religiosos en los dos monumentos mas grandes de la Roma pagana y de la Roma cristiana, me causó una viva emoción: yo pensaba en que el edificio moderno se desplomaría como el antiguo; juzgaba que los monumentos se suceden como los hombres que los han elevado; recordaba en mi memoria, que aquellos mismos judíos que en su primera cautividad trabajaban en las pirámides de Egipto y en las murallas de Babilonia, habían edificado aquel enorme anfiteatro en su última dispersion. Las bóvedas que repetían los sonidos de la campana, eran la obra de un emperador pagano, señalado en las profecías como destructor final de Jerusalén. Estos son asuntos de meditacion bastante elevados; ¿y crearás que una ciudad donde semejantes efectos se reproducen á cada paso, no sea digna de verse?

He vuelto ayer, 9 de enero, al Coliseo, con intento de examinarlo en distinta estacion y bajo diferente aspecto; y me ha sorprendido no escuchar el ladrido de los perros á mi llegada, y no verlos aparecer en los corredores superiores del anfiteatro entre las secas yerbas que allí vejetaban, como tenían de costumbre. He llamado á la puerta de la ermita practicada en el arco de un palco, y nadie me ha respondido: el ermitaño ha pasado como el edificio en que moraba. La inclemencia de la estacion, la ausencia del buen solitario y pesares recientes, me han hecho mas terrible la tristeza de aquel lugar: he creído ver los escombros de un edificio que había admirado algunos días antes en toda su integridad y lozanía. Así, amigo mio, somos advertidos á cada paso de nuestra nada: el hombre busca fuera de sí razones para convenirse de ello: va á meditar sobre las ruinas de los imperios, y olvida que él mismo es un resto aun mas frágil, y que caerá antes que aquellas ruinas que contempla (1). Lo que acaba de completar la idea de que la vida es el *sueño de una sombra* (2), es que no podemos tener ni aun la esperanza de vivir por mucho tiempo en la memoria de nuestros amigos, puesto que su corazón, donde está grabada nuestra imagen, es como el objeto, cuyos rasgos refleja, una arcilla sujeta á disolverse. Hásemelo mostrado en Pórtici un trozo de las cenizas del Vesuvio, deleznable, y que conserva la marca, diariamente debilitada por el estrago del tiempo, del seno y brazo de una jóven enterrada bajo las ruinas de Pompeya; esta es una imagen bastante exacta, si bien ineficaz para el orgullo humano, de la

(1) El hombre á quien se dirigia esta carta no existe ya. (Nota de la edicion de 1827).  
(2) Pindaro.

huella que deja nuestra memoria en el corazón de los hombres: *ceniza y polvo* (1).

Antes de partir para Nápoles, fui á pasar solo algunos días en Tivoli: recorrí las ruinas de los alrededores, y sobre todo las de la quinta Adriana. Sorprendido por la lluvia en medio de mi camino, me refugié en los salones de las Termas cercanas al Pœcilo (2), bajo una higuera que había derribado un lienzo de pared al desarrollarse. En un pequeño salon octógono, una viña virgen horadaba la bóveda del edificio, y su gruesa cepa, lisa, roja y tortuosa, se elevaba á lo largo del muro como una serpiente. En torno mio, y á través de las arcadas de las ruinas, se abrían puntos de vista de la campiña romana. Espesos matorrales de sauco llenaban aquellas salas desiertas, donde venian á refugiarse algunos mirlos. Los fragmentos de mampostería estaban tapizados de hojas de escolopendra, cuya verdura satinada se destacaba como un bello mosaico sobre la blancura del mármol. Altos cipreses reemplazaban á las columnas caídas en aquel palacio de la muerte; el acanto silvestre se arrastraba á mis piés sobre las ruinas, como si la naturaleza se complaciera en reproducir en aquellas mutiladas obras maestras de arquitectura, el ornamento de su pasada belleza. Todos aquellos diversos salones y la parte mas elevada de las ruinas parecían canastillos y ramos de verdor, y agitando el viento las húmedas guirnaldas, las plantas todas se inclinaban bajo la lluvia del cielo.

Mientras contemplaba aquel cuadro, mil ideas confusas se chocaban en mi espíritu: tan pronto admiraba como detestaba la grandeza romana, y ya pensaba en las virtudes como en los vicios de aquella propietaria del mundo, que había querido asimilar una imagen de su imperio en su jardín. Recordaba los acontecimientos que habían destruido aquella quinta soberbia: veía la despojada de sus mas bellos ornamentos por el sucesor de Adriano; veía á los bárbaros pasar sobre ella como un torbellino que todo lo asola, y veía tambien que si alguna vez se acantonaron en ella para defenderse en aquellos mismos monumentos que casi habían destruido, coronaban el orden griego y toscano con la almena gótica: y por último, veía á los religiosos cristianos, que, llevando la civilización á aquellos sitios, plantaban la viña y conducían el arado en el *Templo de los estoicos* y en las *salas de la Academia*. El siglo de las artes renace y nuevos soberanos acaban de trastornar lo que restaba de las ruinas de aquellos palacios, para buscar en ellos algunas obras artísticas. A estos distintos pensamientos uníase una voz interior que me repetía lo que cien veces he escrito ya acerca de la vanidad de las cosas humanas. En los monumentos de la quinta Adriana hay vanidad de vanidad, pues como todo el mundo sabe, estos no eran otra cosa que imitación de otros monumentos esparcidos en las provincias del imperio romano: el verdadero templo de Serapis en Alejandría, la verdadera Academia en Atenas, no existen ya, y así es que en las copias de Adriano no se ven sino ruinas de ruinas.

Dicho esto, amigo mio, convendría te describiese el templo de la Sibila, en Tivoli, y el elegante templo de Vesta, suspendido sobre la cascada; pero me falta el tiempo. Siento no poder pintarte aquella cascada celebrada por Horacio; pero estaba en tus dominios, tú el heredero de la *doctrina* de los griegos, ó del *simplex munditiis* de cantor del *Arte poetica*; pero los he visto en una estacion muy triste, y además estaba de mal humor. Mas te diré: me importunaba el ruido de aquellas aguas que tanto me habían encantado en las selvas americanas. Frecuentemente recuerdo el placer que experimentaba cuando por la noche, en

medio del desierto, con mi hoguera medio apagada, mi guía durmiendo, y paciendo mis caballos á alguna distancia, escuchaba la melodía de las aguas y de los vientos en lo profundo de los bosques. Aquellos murmullos, tan pronto fuertes como débiles, aumentando y decreciendo á cada instante, me hacían estremecer: cada árbol era para mí una especie de lira armoniosa, de la cual sacaban los vientos acordes inefables.

Hoy alcanzo á descubrir soy mucho menos sensible á los encantos de la naturaleza, y dudo que la catarata del Niagara me cause la misma admiracion que en otros días. Cuando uno es jóven, la naturaleza, por muda que parezca, habla elocuentemente: todo su porvenir está ante él (si me permite esta expresion mi Aristarco); espera comunicar sus sensaciones al mundo, y se alimenta con mil quimeras. Pero en una edad avanzada, cuando la perspectiva que teníamos á la vista viene á colocarse á nuestra espalda, y se desvanece una multitud de ilusiones, entonces la naturaleza aislada se hace fria y apenas nos dice nada: *Los jardines hablan poco*. (3)

Para que aquella naturaleza nos interese ya, es preciso que se una á los recuerdos de la sociedad: pues nosotros nos bastamos menos á nosotros mismos; la soledad absoluta nos pesa, y necesitamos de aquellas conversaciones *que se tienen á media voz por la tarde entre los amigos*. (4)

No dejé á Tivoli sin visitar la casa del poeta que acabo de citar: estaba en frente de la quinta de Mecenas, y allí era donde ofrecía *floribus et vino genium memorem brevis ævi*. La ermita no podía ser muy grande porque está situada en la cima misma de la colina; pero se comprende deberá estarse allí bien al abrigo de la intemperie, y que todo era cómodo aunque pequeño. El pastor colocado delante de la casa abrazaba con la vista un país inmenso: retiró á propósito para el poeta á quien basta poco, y que goza de todo lo que no le es propio: *Spacio brevi spens longam reseces*. Prescindiendo de todo, es muy fácil ser filósofo como Horacio. Poseía una casa en Roma, y dos quintas en la campiña, una en Utica y otra en Tivoli. Bebia con sus amigos un vino especial del consulado de Tulo; su bufete estaba cubierto de plata, y decía familiarmente al primer ministro del señor del mundo: «No siento las necesidades de la pobreza, y si quisiese alguna cosa mas, Mecenas, tú no me la rehusarías.» Con esto se puede cantar á *Lalage*, coronarse de lirios, que viven poco, hablar de la muerte bebiendo el falerno, y dar al viento los pesares.

Observo que Horacio, Virgilio, Tibuloy Tito Livio murieron todos antes que Augusto, que en esto tuvo la suerte de Luis XIV: este gran príncipe sobrevivió poco á su siglo y se durmió el último en la tumba, como para asegurarse que no quedaba ya nada tras él.

Sin duda alguna te será indiferente saber que la casa de Cátulo está situada en Tivoli, mas arriba de la de Horacio, y que en la actualidad está habitada por algunos religiosos cristianos; pero tal vez te llame la atención que Ariosto haya venido á componer sus *fabulas cómicas* al mismo lugar en que Horacio gozó de todas las cosas de la vida. Pregúntase uno con sorpresa cómo es que el cantor de Roldan, retirado en casa del cardenal de Este, en Tivoli, ha consagrado sus *divinas* locuras á la Francia, y á la Francia semi-bárbara, teniendo á la vista los severos monumentos y los graves recuerdos del pueblo mas serio y civilizado de la tierra. Por lo demás, la quinta de Este es la única moderna que me ha interesado en medio de las ruinas de las quintas de tantos emperadores y cónsules. La casa de Ferrara ha tenido el honor poco comun de ha-

(1) Job.  
(2) Monumentos de la quinta. Véanse mas arriba la descripción de Tivoli y de la quinta Adriana.

(3) La Fontaine.  
(4) Horacio.



ber sido cantada por los dos grandes poetas de su tiempo, y los dos genios mas brillantes de la Italia moderna.

Piacciavi, generose Ercolea prole,  
Ornamento e splendor del secol nostro,  
Ippolito, etc.

Esta es la voz de un hombre dichoso que da gracias á la casa poderosa, cuyos favores ha merecido y cuyas delicias constituye. El Taso, mas sensible, hace oír en su invocacion los acentos del reconocimiento de un gran hombre infortunado :

Tu magnanimo Alfonso, il qual ritogli, etc.

Indudablemente es usar con nobleza del poder, servirse de él para proteger los talentos proscriptos, y acoger al mérito fugitivo. Ariosto é Hipólito de Este, han dejado un recuerdo en los vallecillos de Tivoli, que no cede en encanto al de Horacio y Mecenas. ¿Pero qué se han hecho los protectores y los protegidos? En el momento en que escribo, la casa de Este acaba de extinguirse; la quinta del cardenal de Este se ha convertido en ruinas como la del ministro de Augusto: historia de todas las cosas y de todos los hombres :

Linquenda tellus, et domus, et placens  
Uxor.

Un dia entero pasé en esta soberbia quinta y no me cansé de admirar la perspectiva que se descubria desde lo alto de sus terrados ; á mis piés se dilataban los jardines con sus plátanos y cipreses ; despues de los jardines se descubrian los restos de la casa de Mecenas, situada á la orilla del Anio (1) ; al otro lado de la ribera y coronando la colina del frente, se veia descollar un frondoso olivar de corpulentos troncos, y envueltas entre su follaje las ruinas de la quinta de Varo; un poco mas lejos, hácia la izquierda, en el llano se elevan los tres montes *Monticelli, San Francesco y San Angelo*, y entre las cimas de aquellos tres montes vecinos campeaba la lejana y azulada cumbre del antiguo Soracto ; en el horizonte y á la extremidad de las campiñas romanas, describiendo un círculo por el Poniente y Mediodía, se divisaban las alturas de Monte-Fiescone, Roma, Civita-Vecchia, Ostia, el mar y Frascati, dominado por los picos de Tusculum ; y por último, viniendo á buscar á Tivoli hácia el Levante, la circunferencia entera de aquella inmensa perspectiva, terminaba en el monte Ripoli ocupado en otro tiempo por las casas de Bruto y Atico, y á cuyo pié se halla la quinta Adriana con sus ruinas.

En medio de este cuadro sorprendente, puede muy bien seguirse el curso del Teverone que descendiendo hácia el Tiber corre hasta el puente donde se eleva el mausoleo de la familia *Plautia*, edificado en forma de torre. Descúbrese tambien el gran camino de Roma en la campiña ; es la antigua via Tiburtina, en otro tiempo adornada de sepulcros, y en cuya larga extension se elevan montones piramidales de heno imitando aquellas tumbas.

Difícil sería hallar en el mundo un golpe de vista mas admirable y mas á propósito para despertar poderosas reflexiones. No quiero hablar de Roma, cuyas cúpulas se descubren, sino solamente de los lugares y monumentos encerrados en aquella vasta extension. Allí está la casa en que Mecenas, haviendo de los bienes terrenales, murió de consunción; Varo dejó su collado para ir á verter su sangre en los pantanos de la Germania; Casio y Bruto abandonaron sus retiros para trastornar su patria. Bajo aquellos altos pinos de Frascati, Ciceron dictaba sus *Tusculanas*; Adriano hizo correr un nuevo Peneo al pié de aquella colina, y transportó á aquellos sitios los encantos y recuerdos del valle de Tempé. Junto á aquella fuente de la Solfatara,

(1) Hoy el Teverone.

la reina cautiva de Palmira acabó sus dias en la oscuridad y su quinta momentánea desapareció en el desierto. Aquí fue donde el rey Latino consultó al dios Fauno en la selva de la Albunea; allí fue donde Hércules tenia su templo, y donde la sibila Tiburtina dictaba sus oráculos; allí están las montañas de los antiguos sabinos, las llanuras de la vetusta Lacio; tierra de Saturno y de Rhea, cuna de la edad de oro, cantada por todos los poetas; colinas risueñas de Tibur y de Lucretilo, donde solo el genio francés ha podido recordar las gracias que esperaban el pincel del Pusin y de Claudio de Lorena.

Bajé de la quinta de Este (1), cerca de las tres de la tarde, y pasé el Teverone por el puente de Lupus para entrar en Tivoli por la puerta Sabina. Al atravesar los seculares olivos de que acabo de hablar, descubrí una capillita blanca dedicada á la madona Quintilæna y edificada sobre las ruinas de la quinta de Varo. Era un domingo, la puerta de aquella capilla estaba abierta, y entré en ella. Descubrí tres altares pequeños dispuestos en forma de cruz, y en el del centro se elevaba un gran crucifijo de plata ante el cual ardia una lámpara suspendida en la bóveda. Un solo hombre de aspecto desgraciado estaba posternado cerca de un banco, y oraba con tanto fervor que no levantó la vista para mirarme, á pesar del ruido producido por mis pisadas. Yo sentí entonces lo que he experimentado mil veces al entrar en una iglesia, una especie de *tregua* de los combates del corazón (como dicen nuestras antiguas Biblias), y cierto disgusto de la tierra. Arrodiéme á alguna distancia de aquel hombre, é, inspirado por el sitio pronuncié esta oracion: «Dios del viajero, que habeis querido que el peregrino os adorase en este humilde asilo, edificado sobre las ruinas del palacio de un grande de la tierra! ¡Madre de dolor, que habeis establecido vuestro culto misericordioso en la herencia de aquel romano infortunado, muerto lejos de su país en las selvas de la Germania! No estamos aquí mas que dos fieles postrados al pié de vuestro altar solitario: conceded á ese desconocido, tan profundamente humillado ante vuestra grandeza, todo lo que os pida; haced que las súplicas de ese hombre sirvan á su vez para curar todas mis enfermedades, á fin de que estos dos cristianos que son extraños el uno al otro, que no se han encontrado mas que por un instante en la vida, y que van á separarse para no volverse á ver acá abajo, se admitan al encontrarse al pié de vuestro trono, y de deberse mutuamente una parte de su felicidad, por los milagros de su caridad!»

Cuando observo, amigo querido, las hojas esparcidas sobre mi mesa, me espanto de mi enorme conjunto de vagatelas y vacilo en enviártelas. Siento por lo tanto que no te haya dicho nada en sustancia, y haya olvidado mil cosas que hubiera debido decirte, como por ejemplo, el no haberte hablado de Tusculum, ni de Ciceron, que segun Séneca, «fue el único genio que tuvo el pueblo romano igual á su imperio.» *Illud ingenium quod solum populus romanus par imperio suo habuit.* Mi viaje á Nápoles, mi descenso al cráter del Vesuvio, mis escursiones á Pompeya, á Caserta, á la Solfatara, al lago Averno, y á la gruta de la Sibila, hubieran podido interesarte, etc. Bayas, donde han pasado tantas escenas memorables, merecia solo un volumen. Me parece ver aun la torre de Bola, situada donde estuvo la casa de Agripina, y en la que esta dijo aquella palabra sublime á los asesinos enviados por su hijo: *Ventrem ferit!* La isla Nisida, que sirvió de retiro á Bruto, cerca del matador de César; el puente de Calígula, la Piscina admirable, todos aquellos palacios edi-

(1) Al fin de mi descripción de la quinta Adriana anuncié para el siguiente dia un paseo á la quinta de Este y no di entonces detalles de este paseo, porque se hallaba en mi *carta acerca de Roma*, á Mr. de Fontanes.

ficados en el mar y de que habla Horacio, bien valdrian la pena de que uno se detuviese un poco. Virgilio ha logrado y hallado en estos lugares las bellísimas ficciones del libro sexto de su Eneida, y desde aquí escribía á Augusto aquellas modestas palabras, las únicas que conocemos en prosa de aquel gran poeta: *Ego vero frequentes á te litteras accipio.... De Aenea quidem meo si me hercule jam dignum auri-bus haberem tuis, libenter mitterem; sed tanta inchoata, res est ut pene vitio mentis tantum opus ingressus mihi videar: cum præsertim, ut scis, alia quoque studia ad id opus multoque potiora impertiar.*

Mi peregrinacion á la tumba de Escipion el Africano es una de las que mas han satisfecho mi corazón, aunque haya faltado el objeto de mi viaje. Habíase dicho existia aun el mausoleo y que en él se leia aun la palabra *patria*, único resto de aquella inscripcion que se pretende haber sido grabada en él: *Ingrata patria! no poseerás mis huesos.* Pasé pues á Patria, llamada antiguamente Literna, y aun cuando no encontré la tumba, recorrí las ruinas de la casa que habitó en su destierro el mas grande y el mas amable de los hombres: me parecía ver pasarse al vencedor de Anibal, por la orilla del mar en la costa opuesta á la de Cartago, consolándose de la injusticia de Roma con los encantos de la amistad y la conciencia de sus virtudes. (1)

En cuanto á los modernos romanos, querido amigo, creo que Duclos estaba de buen humor cuando los llama-

(1) No solamente se me habia dicho que existia aquella tumba, sino que hasta habia leído circunstanciadamente lo que relato aqui, en un viajero cuyo nombre he olvidado. Empero las razones siguientes me hacen dudar de la verdad de los hechos.

1.º Me parece que Escipion, á pesar de las justas razones de queja que tenia contra Roma, amaba demasiado su patria para consentir se grabase aquella inscripcion en su tumba: esto parece contrariar cuanto sabemos del genio de los antiguos.

2.º La inscripcion referida y concebida casi literalmente en los términos imprecatorios que Tito Livio pone en boca de Escipion al salir de Roma, ¿no será tal vez el origen de este error?

3.º Plutarco cuenta que se ha hallado cerca de Gaeta una urna de bronce en una tumba de mármol, donde debian haber sido encerradas las cenizas de Escipion, y que tenia una inscripcion muy diferente de la de que aqui se trata.

4.º Habiendo tomado el nombre de Patria la antigua Literna, esto ha podido muy bien ocasionar cuanto se ha dicho de la palabra *patria*, único resto de la inscripcion de la tumba. ¿No sería en efecto una coincidencia singular el que se llamase *Patria* el lugar de su residencia, y se hallase tambien la palabra *patria* en el monumento de Escipion? á menos que no se suponga que el uno ha tomado su nombre de la otra. Puede creerse así toda vez que autores que no conosco han hablado de esta inscripcion con tanta seguridad que no há lugar á la menor duda: en Plutarco se halla una frase que parece favorecer la opinion que combató. Un hombre de gran mérito, y que me es tanto mas querido cuanto que es muy desgraciado, ha hecho al mismo tiempo que yo el viaje á Patria. Muchas veces hemos hablado de este célebre sitio; pero no recuerdo me haya dicho haber visto él mismo la tumba y la palabra (lo que destruiria toda clase de duda), ó si me ha contado sencillamente la tradicion popular. En cuanto á mí, no he podido hallar el monumento, y solo he visto las ruinas de la quinta, que valen poco.

Plutarco refiere la opinion de los que colocaban la tumba de Escipion cerca de Roma; pero confundian evidentemente la tumba de los Escipiones con la tumba de Escipion. Tito Livio afirma que esta se hallaba en Literna, que estaba coronada por una estatua que fue derribada por una tempestad, y que él habia visto aquella estatua. Sábese además por Séneca, Ciceron y Plinio, que la otra tumba, es decir la de los Escipiones, habia existido en efecto en una de las puertas de Roma. Descubierta en tiempo de Pio VI, se han transportado las inscripciones al museo del Vaticano, y entre los nombres de los miembros de la familia de los Escipiones, hallados en el monumento, falta el del Africano.

\* Mr. Bertin el mayor, desterrado y perseguido entonces por Bonaparte, por su adhesion á la casa de Borbon.

mó los *Italianos de Roma*, pues creo subsiste aun en ellos el fondo de una nacion que tiene poco de comun con las demás. En aquel pueblo puede descubrirse un juicio severísimo, buen sentido, valor, paciencia, genio, huellas profundas de sus antiguas costumbres, y cierto aire de soberanía que unido á algunos hábitos dignos, revelan su superioridad. Antes de condenar esta opinion, que tal vez te parezca atrevida, sería preciso oír las razones en que la apoyo; pero no tengo tiempo para dártelas.

¿Cuántas cosas tendria que decirte acerca de la literatura italiana! Solo he visto una vez al conde Alfieri; ¿adivinarías cómo? ¡en su féretro! Dijoseme que apenas habia sufrido alteracion, y su fisonomia me pareció noble y grave; la muerte aumentaba sin duda su severidad, y habiéndose hecho muy corto el ataud, se vieron en la necesidad de inclinarle la cabeza hácia el pecho, violencia que le imprimió un aspecto formidable. Debo á la bondad de una persona que le fue muy querida (2), y á la finura de un amigo del conde, notas curiosas sobre las obras póstumas, las opiniones y la vida de este hombre célebre. La mayor parte de los papeles públicos de Francia solo han insertado reseñas truncadas é inciertas, y mientras puedo comunicarte mis notas te envío el epitafio que el conde Alfieri habia hecho para su noble amiga en union con el suyo:

HIC. SITA. EST.  
AL.... E... ST....  
ALB.... COM....  
GENERE. FORMA. MORIBUS.  
INCOMPARABILI ANÍMI. CANDORE.  
PRÆCLARISSIMA  
A. VICTORIO. ALFERIO.  
JUXTA. QUEM. SARCOPHAGO. UNO (3).  
TUMULATA. EST.  
ANNORUM. 26. SPATIO.  
ULTRA. RES. OMNES. DILECTA.  
ET. QUASI. MORTALE. NUMEN.  
AB. IPSO. CONSTANTER. HABITA.  
ET. OBSERVATA.  
VIXIT. ANNOS.... MENSES... DIES....  
HANNONIÆ. MONTIBUS. NATA.  
OBIT.... DIE.... MENSIS....  
ANNO. DOMINI. M. D.CCC. (4)

La sencillez de este epitafio, y sobre todo la nota que le acompaña, me parecen en extremo tiernas.

(2) La persona para la cual habia sido compuesto de antemano el epitafio que traslado á continuacion, no dejó mentir por mucho tiempo el *Hic sita est*, yendo á unirse al conde Alfieri. Nada mas triste que leer próximo ya el fin de nuestros dias lo que hemos escrito en la juventud: todo lo que era presente cuando se tenia la pluma en la mano es ya pasado: se hablaba de vivientes, y no hay ya mas que muertos. El hombre que envejece en el camino de la vida, vuelve atrás la vista para mirar á sus compañeros de viaje, y han desaparecido! El es el único que ha quedado en un camino ya de sierto:

(3) *Sic inscribendum, me, ut opinor et opto, præsente; sed aliter jubente Deo, aliter inscribendum:*

Qui. juxta. eam. sarcophago. uno.  
Conditus. erit. quam. primum.

(4) «Aquí reposa Eloisa E. St., condesa de M., ilustre por sus abuelos, célebre por sus gracias personales, por la apaciabilidad de su genio y por el candor incomparable de su alma. Enterrada cerca de Victor Alfieri, en una misma tumba; prefirióla veinte y seis años á todas las cosas de la tierra. Aunque mortal, fue constantemente servida y honrada por él, como si hubiera sido una divinidad.

\* Así lo he escrito, esperando y deseando morir el primero; pero si pluguiese á Dios ordenarlo de otro modo, entonces se diria: *Enterrada por el conde Victor Alfieri, que bien pronto será sepultado á su lado en una misma tumba.*